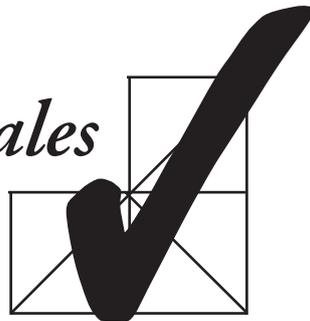


# *Lecturas y señales*



## Las clases de Hebe Uhart

Daniel Matusevich



Autor: Liliana Villanueva  
Blatt & Ríos, 2015

Después de vivir años en los que el neo positivismo fue la lente a través de la cual se miraba a los paciente, en el horizonte de la medicina se vislumbra el regreso de las historias, a partir de una suerte de revalorización de ese modo de pensar y de sentir la clínica. Algunos asocian esto al trabajo realizado por la Doctora Rita Charon en los Estados Unidos: en el ya lejano 2008 publicó *Narrative Medicine, Honoring the stories of illness*, texto

en el cual propone diferentes estrategias para fortalecer la capacidad de saber qué hacer con las historias que los enfermos nos cuentan.

Mientras que la pediatría pareciera ser el buque insignia de este nuevo/viejo modo de pensar las enfermedades y los enfermos, nuestra especialidad viene bastante rezagada en ese aspecto. Todavía se sufren los embates de la evidencia y de la biologización más borde, que constituyen los dos pilares fundamentales de lo que en otro texto dimos en llamar “la psiquiatría de la transparencia” (Chul Han *dixit*), modo de pensar la especialidad que anula de plano todo modo de singularidad y diferencia en la relación con aquellos que sufren.

Nos formulamos aquí la pregunta acerca de quién les enseña a escuchar y a escribir historias a nuestros alumnos, a los jóvenes médicos, quiénes son los maestros en esas complejas artes. ¿Cuáles son los textos a los que deberían recurrir en la larga jornada de aprendizaje? Se necesita de un espacio donde tamizar las cuestiones del oficio con las de la profesión, guías y maestros que alumbrén el camino de la escritura y de la lectura.

A nuestros siempre improbables lectores, a “aquellos que reman en un bote a la deriva”, como diría Vila Matas, les acercamos una obra muy particular: *Las clases de Hebe Uhart*, de Liliana Villanueva. Se trata del sensible trabajo de una discípula que honra a su maestra a través de un texto que se transformó en un manual de valor tanto para la lectura como la para escritura, y que, creemos, sirve a la vez como guía en la educación relacionada a las narraciones y las historias de pacientes.

Uhart y Villanueva son reconocidas cronistas de viaje, y, como tales, vale la pena detenerse en esta palabra, en “viaje”. Para David Perkins, autor que visitamos en estas páginas años atrás, el aprendizaje y la enseñanza van de la mano y poner ambos en práctica es equivalente a viajar a destinos desconocidos por caminos poco transitados.

Con solo 177 páginas divididas en diecisiete capítulos y dos ensayos de la misma Hebe, el libro aporta varias claves en las que es necesario detenerse para saborearlo del todo. Por momentos se trata de una obra confesional, por otros se ve atravesado por el característico humor de Uhart, amable pero que no deja títere con cabeza.

El paralelo entre el aprendizaje de escribir y el de llevar adelante un proceso terapéutico (el de uno mismo o como terapeuta) está presente desde los primeros folios, es el *leitmotiv* del texto. Escribe Villanueva: “(...) Llevo más de diez años en el taller de Hebe. No sé si aprendí a escribir pero sí sé que aprendí mucho de mí misma; al menos, me soporto mejor y me acompaño gracias a la escritura”. Este párrafo puede ser un buen punto de partida a la hora de introducir a aquellos interesados en el arte de escribir historias, dado que pone el eje en el efecto transformador de la tarea, no solo en el relator, sino también en el redactor, al igual que sucede con el terapeuta y su paciente.

Aquí algunas ideas centrales que van y vienen a lo largo de la lectura, que hacen ecos en diversos escritores, además de en la misma Hebe:

1. “No hay escritor, hay personas que escriben”: apelación directa a abandonar el ego, tan habitual en los escritores, como en los psiquiatras y analistas. Es imposible conectar con los pacientes o escribir una historia

interesante desde un yo que se ponga por delante de lo que se quiere relatar.

2. “Escribir es una artesanía, un trabajo como cualquier otro”: profesión, oficio, artesanía, palabras que contemplan la complejidad a la hora de intentar ser escritor (o psiquiatra o terapeuta).

3. “Para escribir hay que estar, como decía Chejov, ‘a media rienda’”: la apelación a Chejov y su magia es recurrente, porque, como dice Richard Ford “(...) A mí Chejov me parece un escritor para adultos, cuya obra es útil y también bella porque orienta la atención a los sentimientos maduros, las complejas reacciones humanas y los pequeños problemas de elección moral en el seno de dilemas mayores, dominantes, cualquiera de cuyos elementos, en caso de que se presentaran en nuestra complicada e impulsiva vida social, escaparían incluso a una observación sutil”. Ford es uno de los más grandes exegetas de la obra Chejoviana, un invitado habitual a sus clases de la Universidad de Michigan, además de haber escrito el prólogo a *The Essential Tales of Chekhov*; en dicho prólogo es de especial interés para el joven médico la parte en la que hace una invitación a que “nos tomemos la vida en serio. Esta indicación, por supuesto, no siempre es fácil de seguir cuando se es joven”. Relación directa con la dosis de pasión necesaria para poder llevar adelante ciertas tareas en donde el ímpetu y la efusividad son casi excluyentes; es la pasión del que escucha o del que construye la historia la que transformará ese relato en algo especial.

4. “La literatura está hecha de detalles”: lo esencial de cualquier historia casi nunca es hollywoodense, casi siempre está entre bambalinas, listo para pasar desapercibido. Detenernos en las pequeñeces es el antídoto perfecto para los relatos adocenados y las observaciones obvias.

5. “El primer personaje somos nosotros mismos”: solo involucrándose es posible registrar el ritmo de la historia, la que queremos contar a partir de la que nos relataron o la que inventamos, en el caso de los escritores. Las historias que nos propone el periodismo narrativo (o, como dice Martín Caparros “lacronica”) es harina de otro costal, la dejamos para un comentario por venir (mientras tanto, el lector interesado puede recurrir al imprescindible *Zona de obras* de la inquietante Leila Guerriero o a *Los viernes* del mucho más afable Juan Forn).

6. “No importa el hecho en sí sino la repercusión del hecho en mí o en el personaje”: en esta línea Villanueva sigue diciendo que “(...) todo lo que se exhibe o se expone en la escritura debe estar hecho desde la observación y la especificidad de los hechos”; es la observación la que nos permite entender que los efectos y las implicancias de los acontecimientos importan mucho

más que los sucesos en sí mismos. Hablar de las palabras en abstracto (duelo, depresión, psicosis, la que sea) tiene muy poco valor; nuevamente en palabras de la autora: "...no es lo que la vida me da sino lo que yo hago con eso. Yo me hago a mí misma y de la misma forma me planteo el hecho de escribir. Sin capacidad de riesgo, sin desafío, no puedo escribir".

7. "Al personaje se entra por la fisura": es necesario encontrarla en cada relato que escuchamos o construimos, siempre existe, pero no es sencillo conectarse con ella; para poder descubrirla es necesario "...ser capaz de ver las cosas no solo con los ojos que herede de mi familia o clase social". El que escribe no debe resolver problemas, sino plantearlos.

8. "Todo cuento tiene un 'pero'. El 'pero' me abre el cuento": todas las historias comienzan por un *pero*, si no hay *pero* no hay literatura, no hay historia ni siquiera una clínica. Para poder registrarlo es necesario ir y volver, para desarrollar esta estrategia hace falta tiempo. Y sin tiempo no hay historias.

9. "Hay que saber observar y escuchar como habla la gente": es necesario registrar los tonos, las formas de decir que en muchas ocasiones son más importantes que aquello que se dice; para poder hacer esto se requiere "salir de uno mismo". Es necesario volcarse hacia fuera, ver y luego volver para trabajar los detalles. Sin un reco-

nocimiento de los detalles solo podemos caer en las redes hechas con generalidades, ahí no hay historia.

10. "La verdad se arma en el dialogo": estos son el corazón de las buenas historias, muchas veces las tramas se arruinan por impaciencia, la precipitación es la principal enemiga de los procesos. Y sin proceso no hay historia.

11. "El adjetivo cierra, la metáfora abre": es necesario no perder de vista que lo único importante es la historia, "...no debemos engolosinarnos con las palabras, ni con las frases importantes ni con los adjetivos redundantes". Poniendo en primer plano los relatos, ponemos en primer plano a las personas, de otra forma seríamos nosotros los protagonistas, y allí no hay historia.

En el punteado anterior solo intento resaltar la practicidad y aplicabilidad de un texto distinto a la mayoría, pero que no se agota en su singularidad; ya hablamos en una columna anterior del ocaso de los maestros y de la falta de alumnos; esta obra, sin duda, nos contradice de plano. En resumen, estamos frente a un trabajo necesario que se inscribe en la estela de obras de King, Ford, Chejov, Marías, Piglia y otros que se preocuparon por el arte de escribir historias; en este caso, además, asistimos al sentido homenaje de una discípula a su maestra, en tiempos en los que los reconocimientos no son moneda corriente.

*"Hay mucha más gente que escribe de la que uno pueda suponer. Al ser la palabra una herramienta de uso común, parece más fácil escribir que dedicarse a la pintura, que requiere conocer la técnica. En una ciudad tan grande como Buenos Aires, con un conurbano tan grande, hay un prejuicio de que los lectores y los escritores son pocos. Son visiones recortadas que separan la escritura de la lectura". ■*